

POEMAS DE VANGUARDIA Y GENERACIÓN

DEL 27

Vanguardias internacionales

Futurismo

«¡Dios vehemente de una raza de acero,
automóvil ebrio de espacio,
que pifas de angustia, con el freno en los dientes
estridentes!
¡Oh formidable monstruo japonés de ojos de fragua,
nutrido de llamas y aceites minerales,

hambriento de horizontes y presas siderales
tu corazón se expande en su taf-taf diabólico
y tus recios pneumáticos se hinchen para las
danzas
que bailen por las blancas carreteras del mundo».

- Fragmento de “Al automóvil de carreras”, de Marinetti.

Dadaísmo

«Coja un periódico. Coja unas tijeras. Escoja en el periódico un artículo de la longitud que quiera darle a su poema. Recorte el artículo. Recorte en seguida con cuidado cada una de las palabras que forman el artículo y métalas en una bolsa. Agítela suavemente. Ahora saque cada recorte uno tras otro. Copie concienzudamente en el orden en que hayan salido de la bolsa. El poema se parecerá a usted. Y es usted un escritor infinitamente original y de una sensibilidad hechizante, aunque incomprendida del vulgo».

- “Cómo hacer un poema dadaísta”, según Tristan Tzara.

Cubismo

S
A
LUT
M
O N
D E
DON'T
JE SUIS
LA LAN
GUE È
LO QUEN
TE QUESA
BOUCHE
O PARIS
TIRE ET TIRERA
T O U JOURS
AUX A L
LEM ANDS

- “La torre Eiffel”, por Guillaume Apollinaire.

Surrealismo

«Mi mujer con cabellera de fuego de madera
 Con pensamientos de relámpagos de calor
 Con talle de reloj de arena
 Mi mujer con talle de nutria entre los dientes del
 tigre
 Mi mujer con boca de escarapela y de ramo de
 estrellas de última magnitud
 Con dientes de huellas de ratón blanco sobre la
 tierra blanca
 Con lengua de ámbar y de vidrio frotado
 Mi mujer con lengua de hostia apuñalad

Con lengua de muñeca que abre y cierra los ojos
 Con lengua de piedra increíble
 Mi mujer con pestañas de palotes de escritura de
 niño
 Con cejas de borde de nido de golondrina
 Mi mujer con sienes de pizarra de techo de
 invernadero
 Y de vaho en los cristales
 Mi mujer con hombros de champaña
 Y de fuente con cabezas de delfín bajo el hielo».

- Fragmento de “Unión libre”, de André Breton.

Vanguardias en España

Creacionismo

«Que el verso sea como una llave
 Que abra mil puertas.
 Una hoja cae; algo pasa volando;
 Cuanto miren los ojos creado sea,
 Y el alma del oyente quede temblando.
 Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra;
 El adjetivo, cuando no da vida, mata.
 Estamos en el ciclo de los nervios.
 El músculo cuelga,

Como recuerdo, en los museos;
 Mas no por eso tenemos menos fuerza:
 El vigor verdadero
 Reside en la cabeza.
 Por qué cantáis la rosa, joh Poetas!
 Hacedla florecer en el poema;
 Sólo para nosotros
 Viven todas las cosas bajo el Sol.
 El Poeta es un pequeño Dios».

- “Arte poética”, de Vicente Huidobro.

Ultraísmo

«Ritmo cortado.
 Luces vibrantes.
 Campanas histéricas.
 Astros fulminantes.
 Erotismos.
 Licores rebosantes.

Juegos de niños.
 Acordes delirantes.
 Jazz-Band. Rascacielos.
 Diáfanos cristales.
 Exóticos murmullos.
 Quejidos de metales».

- “Jazz-band”, *Inquietudes*, de Concha Méndez.

Generación del 27

Pedro Salinas

«*Quietas, dormidas están,
las treinta, redondas, blancas.
Entre todas
sostienen el mundo.*

*Míralas, aquí en su sueño,
como nubes,
redondas, blancas, y dentro
destinos de trueno y rayo,
destinos de lluvia lenta,
de nieve, de viento, signos.
Despiértalas,
con contactos saltarines
de dedos rápidos, leves,
como a músicas antiguas.*

*Ellas suenan otra música:
fantasías de metal,
valses duros, al dictado.
[...]
Tú alócate
bien los dedos, y las
raptas y las lanzas,
a las treinta, eternas nincas
contra el gran mundo vacío,
blanco a blanco.
Por fin a la hazaña pura,
sin palabras, sin sentido,
ese, zeda, jota, i...»*

- “Underwood girls”, de Seguro Azar.

«*Perdóname por ir así buscándote
tan torpemente, dentro
de ti.
Perdóname el dolor, alguna vez.
Es que quiero sacar
de ti tu mejor tú.
Ese que no te viste y que yo veo,
nadador por tu fondo, preciosísimo.
Y cogerlo
y tenerlo yo en alto como tiene
el árbol la luz última
que le ha encontrado al sol.*

*Y entonces tú
en su busca vendrías, a lo alto.
Para que tú me veas como yo te vería,
he de rasgarte los velos, uno a uno,
los que te pones dentro,
en el alma, y en el cuerpo.
Y cuando estés
desnuda ya de todo lo que no es tú,
[...]
te enseñaré a que tú te quieras.
A que te veas como yo te veo».*

- Fragmento de *La voz a ti debida*.

«Invitación al llanto. Esto es un llanto,
ojos, sin fin, llorando,
escombrera adelante, por las ruinas
de innumerables días.

Ruinas que esparce un cero —autor de nadas,
obra del hombre—, un cero, cuando estalla.
[...]

Lo que era suma en un instante es polvo.
¡Qué derroche de siglos, un momento!
[...]

El cero cae sobre ellas.
Ya no las veo, a las muchas,
las bellísimas, deshechas,

en esa desgarradora
unidad que las confunde,
en la nada, en la escombrera.
[...]

Ya encontré mi cadáver, el que lloro.
Cadáver de los muertos que vivían
salvados de sus cuerpos pasajeros.
Un gran silencio en el vacío oscuro,
un gran polvo de obras, triste incienso,
canto inaudito, funeral sin nadie.
Yo sólo le recuerdo, al impalpable,
al NO dicho a la muerte, sostenido
contra tiempo y marea: ése es el muerto.».

- “Cero”, de *Todo más claro*.

Jorge Guillén

«Queda curvo el firmamento,
compacto azul, sobre el día.
Es el redondamiento
del esplendor: mediodía.
Todo es cúpula. Reposa,

central sin querer, la rosa,
a un sol en céntit sujetado.
Y tanto se da el presente
que el pie caminante siente
la integridad del planeta.»

- “Perfección”, de *Cántico*.

«Alguna vez me angustia una certeza,
Y ante mí se estremece mi futuro.
Acephándolo está de pronto un muro
Del arrabal final en que tropieza

...Y un día entre los días el más triste
Será. Tenderse deberá la mano
Sin afán. Y acatando el inminente

La luz del campo. ¿Mas habrá tristeza
Si la desnuda el sol? No, no hay apuro
Todavía. Lo urgente es el maduro
Fruto. La mano ya lo descorteza.

Poder diré sin lágrimas: embiste,
Justa fatalidad. El muro cano
Va a imponerme su ley, no su accidente»

- “Muerte a lo lejos”, de *Clamor*.

«La niña
Se va muy lejos,
Anita,
Por el aire, sobre la ola
Se va a su puerto,
La niña,

Lejos, muy lejos
Con su gracia tan chica,
Y Europa
Se queda,
se me queda
sola».

- “Al margen de la copla: soledades”, de *Homenaje*.

Gerardo Diego

«El cielo está hecho con lápices de colores
Mi americana intacta no ha visto los amores
Y nacido en las manos del jardinero
el arco iris riega los arbustos exteriores

Un pájaro perdido anida en mi sombrero

Las parejas de amantes marchitan el parquet

Y se oyen débilmente las órdenes de Dios
que juega consigo mismo al ajedrez

Los niños cantan por abril
La nube verde y rosa ha llegado a la meta
Yo he visto nacer flores
entre las hojas del atril
y al cazador furtivo matar una cometa

En su escenario nuevo ensaya el verano
y en un rincón del paisaje
la lluvia toca el piano».

- “Panorama”, de *Manual de espumas*.

«Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño.

Mástil de soledad, prodigo isleño,
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza,
peregrina al azar, mi alma sin dueño.

Cuando te vi señor, dulce, firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender como tú, vuelto en cristales,

como tú, negra torre de arduos filos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.».

- “El ciprés de Silos”, de *Versos Humanos*.

Federico García Lorca

«La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.
En el aire commovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.

Niño, déjame, no pisés
mi blancor almidonado.
El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.
Cómo canta la zumaya,
¡ay cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.
Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando».

- “Romance de la luna, luna”, de *Romancero gitano*.

«La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.
La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.
La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.

A veces las monedas en enjambres furiosos
taladrán y devoran abandonados niños.
Los primeros que salen comprenden con sus huesos
que no habrá paraíso ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.
La luz es sepultada por cadenas y ruidos
en impúdico reto de ciencia sin raíces.
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre».

- “La aurora”, de *Poeta en Nueva York*.

«Amor de mis entrañas, viva muerte,
en vano espero tu palabra escrita
y pienso, con la flor que se marchita,
que si vivo sin mí quiero perderte.

*El aire es inmortal. La piedra inerte
ni conoce la sombra ni la evita.
Corazón interior no necesita
la miel helada que la luna vierte.*

*Pero yo te sufrí. Rasgué mis venas,
tigre y paloma, sobre tu cintura
en duelo de mordiscos y azucenas.*

*Llena pues de palabras mi locura
o déjame vivir en mi serena
noche del alma para siempre oscura».*

- “El poeta pide a su amor que le escriba”, de *Sonetos del amor oscuro*.

Rafael Alberti

«El mar. La mar.

El mar. ¡Sólo la mar!

*¿Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?*

*¿Por qué me desenterraste
del mar?*

*En sueños la marejada
me tira del corazón;*

se lo quisiera llevar.

*Padre, ¿por qué me trajiste
acá? Gimiendo por ver el mar,
un marinero en tierra
iza al aire este lamento:
¡Ay mi blusa marinera;
siempre me la inflaba el viento
al divisar la escollera!».*

- “El mar. La mar”, de *Marinero en tierra*.

«Vírgenes con escuadras
y compases, velando
las celestes pizarras.

*Y el ángel de los números,
pensativo, volando,
del 1 al 2, del 2
al 3, del 3 al 4.*

*Tizas frías y esponjas
rayaban y borraban
la luz de los espacios.*

Ni sol, luna, ni estrellas,

*ni el repentino verde
del rayo y el relámpago,
ni el aire. Sólo nieblas.*

*Vírgenes sin escuadras,
sin compases, llorando.
Y en las muertas pizarras,
el ángel de los números,
sin vida, amortajado
sobre el 1 y el 2,
sobre el 3, sobre el 4...»*

- “El ángel de los números”, de *Sobre los ángeles*.

«Se equivocó la paloma
se equivocaba.
Por ir al norte, fue al sur
creyó que el trigo era agua,
se equivocaba.
Creyó que el mar era el cielo,
que la noche la mañana,
se equivocaba,
se equivocaba.
Que las estrellas, rocío,

que la calor, la nevada,
se equivocaba,
se equivocaba.
Que tu falda era tu blusa
que tu corazón, su casa,
se equivocaba,
se equivocaba.
Ella se durmió en la orilla,
tú en la cumbre de una rama».

- “Se equivocó la paloma”, de *El poeta en la calle*.

Vicente Aleixandre

«Se querían.

[...]

*Se querían de noche, cuando los perros hondos
laten bajo la tierra y los valles se estiran
como lomos arcaicos que se sienten repasados:
caricia, seda, mano, luna que llega y toca.*

*Se querían de amor entre la madrugada,
entre las duras piedras cerradas de la noche,
duras como los cuerpos helados por las horas,
duras como los besos de diente a diente solo.*

*Se querían de día, playa que va creciendo,
ondas que por los pies acarician los muslos,
cuerpos que se levantan de la tierra y flotando...
Se querían de día, sobre el mar, bajo el cielo.*

*Mediodía perfecto, se querían tan íntimos,
mar altísimo y joven, intimidad extensa,
soledad de lo vivo, horizontes remotos
ligados como cuerpos en soledad cantando.*

*Amando. Se querían como la luna lúcida,
como ese mar redondo que se aplica a ese rostro,
dulce eclipse de agua, mejilla oscurecida,
donde los peces rojos van y vienen sin música.*

*Día, noche, ponientes, madrugadas, espacios,
ondas nuevas, antiguas, fugitivas, perpetuas,
mar o tierra, navío, lecho, pluma, cristal,
metal, música, labio, silencio, vegetal,
mundo, quietud, su forma. Se querían, sabedlo».*

- “Se querían”, de *La destrucción o el amor*.

«[...]

Cuando, en la tarde caldeada, solo en tu gabinete,
con los ojos extraños y la interrogación en la boca,
quisieras algo preguntar a tu imagen,

no te busques en el espejo,
en un extinto diálogo en que no te oyes.

Baja, baja despacio y búscate entre los otros.

Allí están todos, y tú entre ellos.

Oh, desnúdate y fúndete, y reconócete.

Entra despacio, como el bañista que, temeroso, con
mucho amor y recelo al agua,
introduce primero sus pies en la espuma,
y siente el agua subirle, y ya se atreve, y casi ya se
decide.

Y ahora con el agua en la cintura todavía no se
confía.

Pero él extiende sus brazos, abre al fin sus dos
brazos y se entrega completo.

Y allí fuerte se reconoce, y se crece y se lanza,
y avanza y levanta espumas, y salta y confía,
y hiende y late en las aguas vivas, y canta, y es
joven.

Así, entra con pies desnudos. Entra en el hervor, en
la plaza.

Entra en el torrente que te reclama y allí sé tú
mismo.

¡Oh pequeño corazón diminuto, corazón que quiere
latir

para ser él también el unánime corazón que le
alcanza!»

- “En la plaza”, de *Historia del corazón*.

Luis Cernuda

«No decía palabras,
acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,
porque ignoraba que el deseo es una pregunta
cuya respuesta no existe,
una hoja cuya rama no existe,
un mundo cuyo cielo no existe.

La angustia se abre paso entre los huesos,
remonta por las venas
hasta abrirse en la piel,
surtidores de sueño

hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.

Un roce al paso,
una mirada fugaz entre las sombras,
bastan para que el cuerpo se abra en dos,
ávido de recibir en sí mismo
otro cuerpo que sueñe;
mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne,
iguales en figura, iguales en amor, iguales en deseo.
Aunque sólo sea una esperanza
porque el deseo es pregunta cuya respuesta nadie
sabe».

- “No decía palabras”, de *Los placeres prohibidos*.

«Las playas, parameras
Al rubio sol durmiendo,
Los oteros, las vegas
En paz, a solas, lejos;

Los castillos, ermitas,
Cortijos y conventos,
La vida con la historia,
Tan dulces al recuerdo,

Ellos, los vencedores
Caínes sempiternos,
De todo me arrancaron.
Me dejan el destierro.

Una mano divina
Tu tierra alzó en mi cuerpo

Y allí la voz dispuso
Que hablase tu silencio.

Contigo solo estaba,
En ti sola creyendo;
Pensar tu nombre ahora
Envenena mis sueños.

Amargos son los días
De la vida, viviendo
Sólo una larga espera
A fuerza de recuerdos.

Un día, tú ya libre
De la mentira de ellos,
Me buscarás. Entonces
¿Qué ha de decir un muerto?»

- “Un español habla de su tierra”, de *Las nubes*.

Dámaso Alonso

«Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas).

A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo en este nicho en el que hace 45 años que me pudro, y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros, o fluir blandamente la luz de la luna.

Y paso largas horas gimiendo como el huracán, ladrando como un perro enfurecido, fluyendo como la leche de la ubre caliente de una gran vaca amarilla.

Y paso largas horas preguntándole a Dios, preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma, por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid, por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo. Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre? ¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día, las tristes azucenas letales de tus noches?».

- “Insomnio”, de *Los hijos de la ira*.

Miguel Hernández

«A lo caña silbada de artificio,
rastro, si no evasión, de su suceso,
bajaré contra el peso de mi peso:
simulación de náutico ejercicio.

Bien cercén del azar, bien precipicio,
me desamparará de azul ileso:
no la pita, que tal vez a cercenes
me impida reflejar sierra en mis sienes».

- “Suicida en cierne”, de *Perito en lunas*.

«Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un fruto.
Como el toro lo encuentra diminuto
todo mi corazón desmesurado,
y del rostro del beso enamorado,

como el toro a tu amor se lo disputo.
Como el toro me crezco en el castigo,
la lengua en corazón tengo bañada
y llevo al cuello un vendaval sonoro.
Como el toro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro.»

- “Soneto XXIII”, de *El rayo que no cesa*.

«Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.
[...]
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.

[...]
Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.
Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.»

- “Vientos del pueblo me llevan”, de *Vientos del pueblo*.

Las Sinsombrero

Josefina de la Torre

«Toda mi ilusión la he puesto
en la espera de un mañana.
¿Cómo vendrás? ¿Adornado
de blanca flor de retama
o de flor de pensamiento
que de luto se engalana?
¿Vendrás con rojas miradas

o con pálidas miradas?
¿Tendrás voz, tendrás sonrisa,
o no me guardarás nada?
¡Mañana, horizonte en niebla,
fiel timón de mi fragata:
hace tiempo que me llegas
con las velas desplegadas!»

- “Toda mi ilusión”, de *Versos y estampas*.

Ernestina de Champourcin

«Dibujé una rosa nueva
en el papel de tu alma.
¡Cómo temblaste al sentir
el roce de mis pinceles
sobre la hoja arrugada!
Muy despacio, fríamente,
incrustando en carne viva

el punzón de una mirada,
aboceté la estructura
de mis sueños en la página
que intentabas arrancar.
¡Rosa pura, forma anclada,
en la ribera flexible,
sin contornos, de tu alma!».

- “Creación”, de *La voz en el viento*.

«”Hágase en mí según tu palabra”.

(EVANGELIO DE SAN LUCAS)

Me ha herido tu palabra,
tu palabra encendida con sus filos ardientes,
y ahora soy un silencio profundo y dolorido
que tu voz implacable lastima en lo más hondo.
¡Tu palabra, Señor!
—Qué angustia y qué dulzura preceden su sonido
y acompañan su rastro—.
El Verbo se ha hecho carne arrobandome el alma

en un presentimiento de inmerecida gloria.

Aunque no vuelvas más, aunque solo me quede

para toda la vida la luz de este momento,

te pertenezco toda, ya irremisiblemente.

¡Destruye con tus manos la senda del retorno!

¡Que tu palabra sea!

Hágase en mí, Dios mío, el Verbo palpante
de tu yugo aceptado.

Y que tu voluntad se pronuncie en victoria
sobre mi esclavitud redimida y sellada.»

- “Presencia del verbo”, de *Presencia a oscuras*.

«Me queda poco tiempo
con los ojos cerrados
para creer sin ver,
para ir caminando
a ciegas, deslumbrada
—en este mundo opaco—,
por tu Verbo encendido.
Amar, creer en anchos

horizontes sin fin.
¡Qué divino regalo
el de esta vida a oscuras
para vivirla amando!
No me abras los ojos;
hay un cielo más claro
para los que tantean
con su fe entre las manos.».

- “Me queda poco tiempo”, de *Poemas del ser y del estar*.